

En tanto ofrece un atisbo de alguna alternativa imaginada a «la forma en que vivimos ahora», gran parte de mi obra de ficción puede calificarse de utópica, pero sigo resistiéndome a la palabra. Muchas de las sociedades que he inventado me parecen una mejora, en un sentido u otro, de la nuestra, pero para mí Utopía es un nombre demasiado grandilocuente y demasiado rígido para mis ficciones. La Utopía, y la Distopía, son lugares intelectuales. Escribo desde la pasión y la alegría. Mis narraciones no son ni avisos alarmantes ni esbozos de lo que deberíamos hacer. La mayoría de ellas, creo, son comedias sobre actitudes humanas, recordatorios de la infinita variedad de formas en las que siempre volvemos a prácticamente el mismo sitio, y celebraciones de esa infinita variedad con la invención de todavía más alternativas y posibilidades. Incluso las novelas *Los desposeídos* y *El eterno regreso a casa*, en las que trabajé más metódicamente de lo que acostumbro ciertas variantes sobre los usos del poder, que prefería a los que prevalecen en nuestro mundo, incluso esas obras,

decía, tienen tanto de intento de subvertir como de exponer el ideal de un plan social realizable que acabaría con la injusticia y la desigualdad de una vez por todas.

Para mí lo importante no es ofrecer esperanza concreta alguna de mejora sino, al plantear una realidad alternativa imaginaria pero convincente, quitarme de la cabeza, y también de la del lector, la timorata y cansina manía de pensar que la forma en que vivimos ahora es la única en que la gente puede vivir. Es esa inercia la que permite que las instituciones de la injusticia perduren sin ser cuestionadas.

La fantasía y la ciencia ficción, por definición, ofrecen alternativas al mundo actual, real del lector. Los jóvenes en general acogen de buen grado este tipo de relato porque, con su vigor y su sed de experiencias, dan la bienvenida a las alternativas, las posibilidades, el cambio. Al haber acabado temiendo hasta imaginar el verdadero cambio, muchos adultos rechazan toda la literatura imaginativa, y se enorgullecen de no ver nada más allá de lo que ya saben, o creen que saben.

Pese a todo, como si se asustara de sus propios poderes, tan perturbadores, gran parte de la ciencia ficción y la fantasía son tímidas y reaccionarias en su invención social: la fantasía recurre al feudalismo y la ciencia ficción a la jerarquía militar e imperial. Ambas suelen recompensar a su héroe, sea hombre o mujer, sólo por realizar proezas extraordinariamente viriles. (Yo misma escribí así durante muchos años. En *La mano izquierda de la oscuridad*, mi héroe carece de género pero sus actos heroicos son casi exclusivamente viriles.) En la ciencia

ficción especialmente, uno también suele encontrar la idea que abordé antes, la de que cualquiera de un estatus inferior, de no ser un rebelde dispuesto a todas horas a conquistar la libertad mediante acciones temerarias y violentas, o bien es despreciable o bien simplemente carece de importancia.

En un mundo moralmente simplificado, si un esclavo no es Espartaco, no es nadie. Eso es despiadado e irrealista. La mayoría de los esclavos, la mayoría de la gente oprimida, forman parte de un orden social que impide, por los propios términos de su opresión, que tengan la menor oportunidad de percibirse siquiera como capaces de cambiar.

El ejercicio de la imaginación es peligroso para aquellos que se aprovechan del estado de las cosas porque tiene la facultad de mostrar que ese estado no es permanente, no es universal, no es necesario.

Teniendo ese poder real pero limitado para cuestionar las instituciones establecidas, la literatura de imaginación asume también la responsabilidad del poder. El narrador es el que cuenta la verdad.

Es una pena que tantas narraciones que podrían ofrecer una alternativa auténtica opten por el tópico religioso o patriótico, el milagro tecnológico que funciona o las ilusiones, sin que los escritores procuren imaginar la verdad. La distopía *noir* de moda meramente invierte los tópicos y utiliza ácido en lugar de sacarina, mientras que sigue eludiendo el compromiso con el sufrimiento humano y la posibilidad genuina de cambio. La ficción imaginativa que admiro presenta alternativas al statu

quo que no sólo cuestionan la ubicuidad y la necesidad de las instituciones existentes, sino que amplían el campo de las posibilidades sociales y de la comprensión moral. Esto puede hacerse en un tono tan ingenuamente esperanzado como las tres primeras series televisivas de *Star Trek*, o a través de obras de ideas y técnicas tan complejas, sofisticadas y ambiguas como las de las novelas de Philip K. Dick o Carol Emshwiller, pero el movimiento es reconociblemente el mismo: el impulso para que el cambio sea una posibilidad imaginable.

No conoceremos nuestra propia injusticia si no podemos imaginar la justicia. No seremos libres si no imaginamos la libertad. No podemos pedirle que intente conseguir la justicia y la libertad a nadie que no ha tenido la oportunidad de imaginarlas como alcanzables.

Quiero cerrar y poner punto final a estas meditaciones inconclusas con las palabras de un escritor que nunca dijo nada que no fuera la verdad, y siempre lo hizo en voz baja, Primo Levi, que sobrevivió un año en Auschwitz, y sabía lo que es la injusticia.

El ascenso de los privilegiados, no sólo en el *Lager* sino en toda la convivencia humana, es un fenómeno angustioso pero inexorable: sólo está ausente en las utopías. Es el deber de los hombres de bien hacer la guerra a todo privilegio inmerecido, pero no debemos olvidar que se trata de una guerra sin fin.